

# Homilias

## *Mártires de la UCA<sup>1</sup>*

Comienzo agradeciendo al Señor por estar juntos de nuevo en este aniversario, igual que en los ocho años anteriores, para traer a la memoria el atroz asesinato de nuestros seis compañeros jesuitas y de Elba y Celina. Un asesinato que tocó lo más hondo de nuestra humanidad y de nuestra fe, y que por su irracionalidad e ignominia, pero sobre todo por su significado, hoy celebramos y profesamos como sacramento de luz y de esperanza. De la manera más palpable, en ese asesinato colectivo se resumió de golpe una historia entera de torturas, persecución y crímenes originados en el corazón mismo de instituciones de este país y de poderosos que, todavía en estos días, se pasean por El Salvador como personas honorables, amparadas en la fragilidad e incluso impunidad del sistema y en la seguridad que les permiten sus grandes capitales.

A nuestros compañeros jesuitas, a Elba y Celina y a todos los mártires de El Salvador, como escuchamos en la primera lectura, Dios los probó y los halló dignos de él. Los probó, como se prueba el oro en el horno donde se funde el metal, y los aceptó como víctimas consumidas por el fuego. En el día de su visita, ellos brillarán y saltarán como chispas en un pajar encendido. Por ello y no por casualidad ni mucho menos por privilegio alguno, profesamos en este día nuestra devoción y nuestra gratitud a todos los mártires salvadoreños y latinoamericanos, que tanta vida siguen dando a nuestra fe y a nuestra esperanza cristianas.

Así como celebramos este día, año con año, la anticipada fiesta del triunfo final de los bienaventurados, que por su compromiso pleno por una sociedad más compartida son en el presente garantía para todos los sufridos de la tierra; así hoy celebramos esta eucaristía haciéndonos cercanos y solidarios con el dolor de miles de víctimas y damnificados del huracán Mitch,

---

1. Homilía celebrada por el P. José Adán Cuadra, S.J., Provincial de los jesuitas en Centroamérica, en el Noveno Aniversario de los Mártires de la UCA.

que en las últimas semanas ha venido a agudizar en extremo la ya damnificada vida de las mayorías centroamericanas. Este dolor tan agudo de poblaciones enteras reclama la presencia solidaria de cada uno de nosotros, que nos reunimos a celebrar en este campus la memoria de los mártires salvadoreños. Por ello, sería incoherente de nuestra parte si no convirtiéramos esta fiesta de los Mártires en un inequívoco compromiso, concreto y preciso, personal y corporativo, y desde todos los campos posibles de servicio, con los centroamericanos que hoy claman a gritos la presencia solidaria de todos, especialmente de quienes han decidido tomar el camino de los bienaventurados, porque tienen hambre y sed de justicia y porque creen en la misericordia.

---

Celebrar la memoria de los Mártires compromete nuestras personas y nuestras instituciones con lo mejor de sus ideales y pensamientos; pero eso sí, con el espíritu audaz de saber interpretar sus vidas y palabras a la luz de las nuevas circunstancias históricas.

---

Movidos por nuestro deseo de mantenernos fieles a la Buena Nueva de Jesucristo y a nuestro carisma jesuítico del servicio de la Fe y promoción de la justicia, y ante las desgracias que tan agudamente padece hoy gran parte de nuestros pueblos centroamericanos, hoy queremos renovar y fortalecer nuestra opción de comprometernos con las mayorías pobres, retomando lo mejor de la herencia dejada por los mártires salvadoreños en la búsqueda de propuestas de sociedades más justas, de consuelo y cercanía a las víctimas directas de la exclusión estructural, y de denuncia profética que desenmascare la gran mentira que los poderosos venden a todo el mundo como si fuera la única verdad salvadora.

Estos tiempos difíciles que vive Centroamérica, de mayor empobrecimiento y de falta de propuestas claras de cambio, son caldo de cultivo para el abatimiento, la desesperanza, el individualismo y el ensimismamiento. No en vano prolifera, incluso en esferas que en sus mejores momentos se identificaron con las transformaciones sociales, una tendencia que en lugar de abrirnos hacia la búsqueda de los sufridos en donde está la presencia viva del Señor Jesús, nos sumerge en interiorismos, búsqueda de intereses y satisfacciones personales, pérdida de valores y de creatividad, que al final de cuentas nos deja más abatidos e insolidarios. En estos tiempos tan frágiles, la memoria de los mártires de la UCA debe resguardarnos de esas mentalidades y formas de proceder que en lugar de comunicar vida y esperanza a las mayorías indefensas y hambrientas, privilegian nostalgias que contribuyen sin remedio a cerrarnos ante lo nuevo, a petrificar la vida y la palabra de



los mártires y a actuar en contra del espíritu de ellos.

Celebrar la memoria de los Mártires compromete nuestras personas y nuestras instituciones con lo mejor de sus ideales y pensamientos; pero eso sí, con el espíritu audaz de saber interpretar sus vidas y palabras a la luz de las nuevas circunstancias históricas. La nostalgia sólo alimenta de muy diversas maneras los anacronismos que nos dicen que toda y sólo la lucha pasada fue mejor. La memoria de los mártires ha de impulsarnos a romper la lógica de esa nostalgia para situarnos en su seguimiento actualizado. Y el seguimiento nos sitúa comprometidamente de cara al presente y nos empuja creativamente hacia el futuro. La credibilidad de apostolados, plataformas y personas ha de venir, a Dios gracias, por la fidelidad, el compromiso y el saber interpretar las necesidades y aspiraciones actuales de los sectores mayoritariamente empobrecidos de nuestra sociedad salvadoreña y centroamericana.

Centroamérica no puede seguir con los mismos dinamismos y con las mismas injusticias de siempre. Necesitamos construir nuevos países. No hay duda que la fuerza de este último huracán fue tremenda, quizás la mayor de los huracanes del siglo. Pero a la fuerza de la naturaleza se le une la fragilidad en que viven y sobreviven cotidianamente amplios grupos poblacionales. Cada vez las desgracias son mayores, y siempre terminamos más empobrecidos y en más lamentos. Cada vez que suceden desastres naturales se ponen las voluntades para aliviar las desgracias de los damnificados, pero no existe voluntad para tocar a fondo el problema estructural de modelos que obligan a que viviendas, cultivos, empleos, educación y la vida entera de las mayorías estén sometidas, en gran medida, a planificaciones que sólo buscan responder a intereses de grupos minoritarios.

Son largas decenas de años en esta situación, sin que se pongan en marcha procesos reales de estabilización y protección para toda la sociedad. Al contrario, siguen creciendo las poblaciones en los barrancos, sigue el proceso de deterioro del medio ambiente, continúan incrementándose los problemas de corrupción y violencia que afectan el bienestar y la seguridad ciudadana, continúan las políticas privatizadoras y excluyentes en el marco de un modelo neoliberal que enriquece a unos pocos y empobrece a las grandes mayorías. Seguimos viviendo en una Centroamérica pensada desde los intereses de las grandes transnacionales y de reducidos grupos oligárquicos que hacen uso de los recursos de nuestros países a su antojo, así como también de unos pocos políticos que se afanan en capitalizar a favor de su partido cualquier dolor y clamor de la gente.

La tragedia de estos días ha venido a quitar de golpe el velo que cubre la realidad del país y de Centroamérica, y a demandar, de una vez por todas, la urgencia de hacer cambios profundos, en donde toda la gente de la sociedad cuente y donde se respeten la dignidad y los derechos humanos de todos; donde los que sufren y lloran sean realmente consolados, sean saciados los que tienen hambre y sed de justicia y reconocidos los que trabajan por la paz. Los que ahora son niños y los que están naciendo merecen vivir en una Centroamérica que se cuide toda ella a sí misma, en donde toda su gente sea responsable de los bosques y los ríos, de sus suelos y de sus productos, en donde sus programas económicos se planifiquen en función del trabajo y de la vida para todos sus sectores. Una Centroamérica en donde los débiles, niños y ancianos, reciban las mayores atenciones y sean su población privilegiada; en donde los niños y niñas vayan a la escuela, todos por igual, sin el riesgo de ser sometidos a trabajos impropios y abusos de parte de los mayores; en donde todos seamos educados en el trabajo digno y compartido, y todos por igual gocemos del fruto de lo que todos trabajemos.

En definitiva, necesitamos pasar de una Centroamérica de damnificados permanentes a una Centroamérica con una suerte y justicia compartidas por todos y para todos. Con las mismas oportunidades para compartir las alegrías y con iguales condiciones para asumir juntos los mismos riesgos. He ahí el lugar desde donde se han de definir nuestras nuevas tareas; desde esa lucha por una Centroamérica nueva estaremos anunciando las bienaventuranzas para las muchedumbres inundadas por las desgracias. Sólo en la medida que asumamos con ilusión y radicalidad este desafío, estaremos actualizando el compromiso por el que dieron la vida nuestros Mártires salvadoreños y latinoamericanos, y sólo así nos podremos mantener, en estos difíciles tiempos, fieles a Jesucristo y a su Evangelio.

San Salvador, 16 de noviembre de 1998.